

2.5. De las crisis petrolíferas a la caída del bloque soviético

El final del periodo dorado llegó cuando menos se esperaba y consistió en el brusco aumento de los precios del petróleo decidido a finales de 1973 por la Organización de Países Exportadores de Petróleo, aparentemente como represalia por la actitud proisraelí de los países occidentales en la guerra del *Yom Kippur*. La era de la energía barata, que había durado desde el final de la segunda guerra mundial, se acabó. En muy poco tiempo –de octubre de 1973 a enero de 1974– el precio del petróleo se cuadruplicó, provocando la aparición de masivos déficits comerciales en todos los países importadores de combustibles líquidos. El petróleo ya representaba, a los precios anteriores a la decisión de la OPEP, la principal partida de las importaciones de la mayoría de países. Era, aún más que el carbón a principios de siglo, el «pan de la industria». Había ido sustituyendo al carbón en todos los usos energéticos y era la materia prima de la pujante industria petroquímica. La nueva, y encarecida, factura petrolífera significaba un puro y simple empobrecimiento de los países importadores, que tenían que pagar cuatro veces más caro su petróleo a los países productores. A corto plazo no había posibilidad de escapatoria. En términos económicos, la demanda de petróleo era muy rígida.

El mundo no se dividía sólo en países importadores y exportadores de petróleo. Curiosamente, la tercera categoría –la de los países básicamente autosuficientes– correspondía a Estados Unidos y a la Unión Soviética. Las dos grandes potencias mundiales estaban sustancialmente resguardadas de la crisis. Eran grandes productores con una exposición moderada al comercio exterior. Quienes más sufrieron la crisis fueron Europa occidental, Japón y todo el Tercer Mundo importador de petróleo. Por consiguiente, la crisis del petróleo dividió al mundo según nuevas fronteras. Estados Unidos superó la crisis con un esfuerzo de ahorro energético discreto. La Unión Soviética aprovechó la ocasión del encarecimiento del petróleo para aumentar su esfuerzo exportador y obtener ganancias extraordinarias en el mercado mundial. Los países de la OPEP se enriquecieron hasta límites insospechados. Los pequeños emiratos árabes y los otros micropaíses exportadores de petróleo pudieron distribuir la riada de dólares entre la parentela y los súbditos. Aquellos países con mayor población (Irán, Irak, Argelia, Venezuela y, en menor medida, Indonesia y Nigeria) pusieron en marcha ambiciosos programas industrializadores y de bienestar social. En el Tercer Mundo importador de petróleo, la decisión de la OPEP fue un hachazo contra el progreso de su nivel de vida. Pudieron soportado endeudándose y esperando tiempos mejores. Su principal problema fue la reducción de la capacidad de compra de los países más desarrollados, hacia donde se dirigían sus exportaciones, dado que los países de la OCDE con la excepción de Estados Unidos se vieron drásticamente empobrecidos. Todos ellos pasaron de unas tasas de crecimiento invariablemente altas desde hacía 20 o 25 años a otras mucho más bajas o negativas. El nuevo escenario no había sido previsto y costó mucho que los agentes económicos se familiarizaran con él.

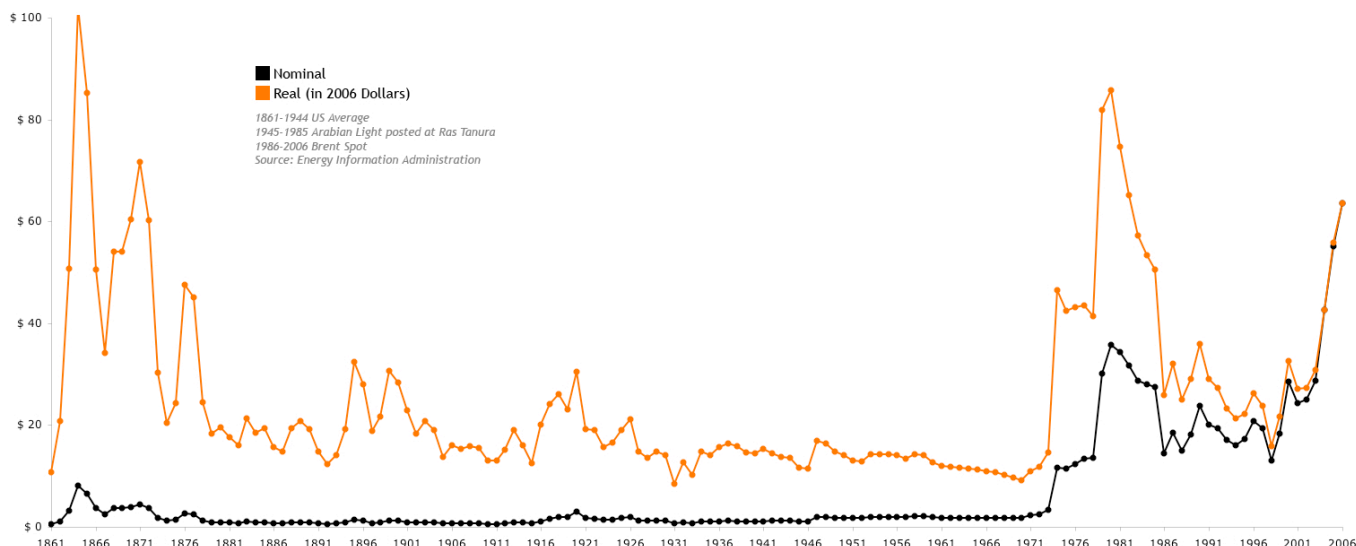
Las respuestas a la crisis fueron diversas. En algunos países, como Suecia y España, los gobiernos optaron por entender que la crisis era transitoria y que la pérdida de capacidad adquisitiva del conjunto del país podía absorberse mediante el presupuesto público. Los precios del petróleo no se repercutieron plenamente a la población y el Estado decidió conformarse con una reducción de los impuestos que cobraba de la venta de los derivados del petróleo. Estos países gozaron de tasas de crecimiento algo superiores a las del resto de la OCDE, particularmente durante 1974 y 1975, pero no pudieron escapar a la lógica depresiva del *shock* petrolífero. Durante los años subsiguientes no se prepararon para ningún ahorro energético ni prepararon a su población para una actitud de reacción cooperativa ante el empobrecimiento sufrido.

Un segundo bloque, el más numeroso, aplicó políticas de traslación de los nuevos precios al público y enfrentó la crisis con una voluntad de ahorro energético claro. Sin embargo, la política de rentas se mantuvo inalterada y los sindicatos, que habían demostrado en los últimos años su fuerza y su ímpetu reivindicativo, consiguieron aumentos salariales en consonancia con los aumentos de los precios (incluido el del petróleo). Para cuadrar el círculo los gobiernos tuvieron que aceptar crear más dinero y financiaron políticas inflacionistas. Estos países (Francia, Gran Bretaña e Italia, principalmente) fracasaron en digerir que el *shock* petrolífero les había empobrecido aunque se esforzaron en reducir su consumo de petróleo.

Finalmente, la RFA y Japón aceptaron inmediatamente que se habían empobrecido. Japón aplicó instantáneamente fuertes aumentos del precio del petróleo y sus derivados. Soportó la crisis más dura de todos los países desarrollados en 1974 y 1975 pero, una vez digerida la nueva estructura de precios, volvió a crecer a gran velocidad, apuntando ahora al desarrollo de sectores poco intensivos en energía como

la electrónica de consumo. La Alemania federal apuntó al mismo objetivo pero por mecanismos distintos. El *Bundesbank* mantuvo el objetivo de contener la inflación y obligó a que los agentes económicos –familias, empresas, sindicatos, administraciones públicas– ajustaran sus ingresos. Alemania salió de la crisis con una moneda más fuerte, con inflación baja, con ganancias de competitividad y con una estructura industrial renovada y aligerada del lastre de los sectores más consumidores de petróleo.

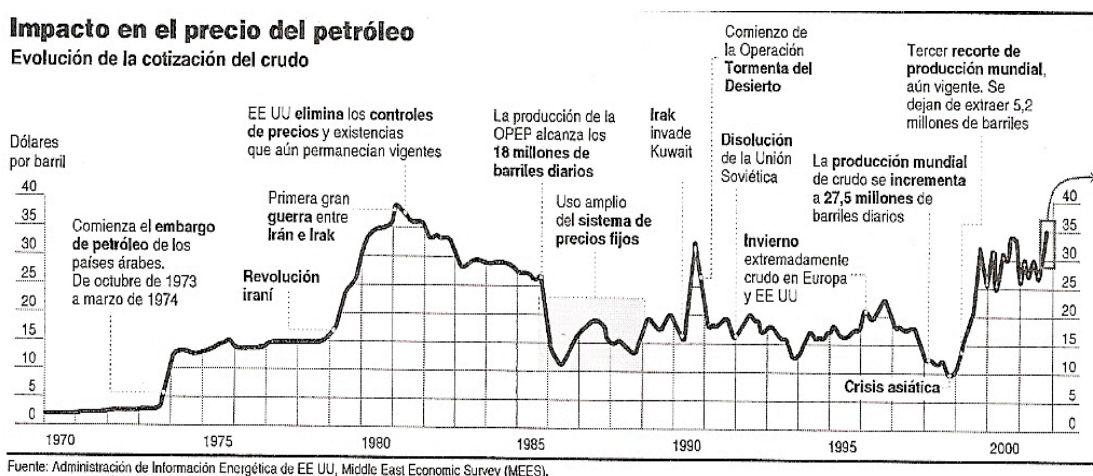
Evolución de los precios del petróleo a largo plazo, 1861-2006.



Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Oil_Prices_1861_2006.jpg

Impacto en el precio del petróleo

Evolución de la cotización del crudo



Fuente: Administración de Información Energética de EE UU, Middle East Economic Survey (MEES).

En cualquier caso, en todos los países de la OCDE la inflación aumentó y el paro también. La combinación de estancamiento económico e inflación, conocida como «estanflación» fue el principal quebradero de cabeza de políticos y economistas, pues no estaba prevista en los modelos de política económica tradicionales, de corte «keynesiano».

Cuando todas estas políticas ya habían empezado a producir sus resultados, buenos o malos, y, sobre todo, cuando el precio del crudo se hubo estabilizado, llegó el segundo *shock* petrolífero. En 1979 el Sha de Persia fue derribado por una revolución de carácter islamista dirigida por el Ayatollah Khomeini. Sus declaraciones antioccidentales y la tensión con Estados Unidos crearon incertidumbre en el mercado petrolífero. El miedo se trocó en pánico cuando, en el otoño de 1980, estalló la guerra entre Irán e Irak, que no sólo afectó a dos grandes exportadores de petróleo sino que se desarrolló en sus regiones productoras de crudo. La OPEP aprovechó para encabezar una nueva multiplicación (por 2,5) de los precios del crudo lo que, de nuevo, provocó un empobrecimiento en los países importadores y una recesión entre 1981 y 1983.

Las reacciones fueron ahora mucho más homogéneas. Los gobiernos se convencieron de que no tenían márgenes de maniobra y aplicaron en todas partes recetas similares. En Japón y Alemania, que ya habían realizado fuertes ahorros energéticos, el impacto fue incluso pequeño. En los países que no habían digerido el empobrecimiento nacional, aunque sí el energético, el segundo *shock* fue la ocasión para aprobar la asignatura pendiente de los acuerdos nacionales para la distribución responsable de la carga de la factura energética. Es lo que ocurrió en Francia, Gran Bretaña e Italia aunque con políticas distintas. En los países que habían tratado de «puentear» el primer *shock*, como España y Suecia, el segundo fue durísimo pues se tuvo que realizar el ajuste energético y el social simultáneamente y con retraso. Todos los gobiernos de la CEE se esforzaron por coordinar más sus políticas por lo que reactivaron el sistema monetario europeo, con unos márgenes de oscilación entre las monedas bastante estrechos. El principio de que más valía luchar juntos contra la inflación había triunfado.

El año 1989, *annus mirabilis* del capitalismo occidental, pasará a la historia por la caída del muro de Berlín y por la caída de la mayoría de los regímenes dictatoriales de los países de la Europa oriental. El proceso fue extremadamente rápido: en poco más de seis semanas de noviembre y diciembre de 1989 los llamados países satélites de la URSS emprendieron un camino distinto, que les aproximaba al mundo libre occidental. El año 1989 también es el último año de crecimiento alto que podemos registrar: un 3,4 por 100 de aumento del PIB de toda la Europa occidental. La década siguiente será muy distinta.

La Europa oriental y la URSS habían experimentado una lenta decadencia desde el final de la edad dorada.

La primera crisis del petróleo se vivió de forma bastante similar en las dos mitades de Europa. Tampoco hubo grandes diferencias entre la URSS y sus aliados europeos. La segunda crisis, entre 1979 y 1981, se sufrió más en el Este. No se habían aprendido lecciones de ningún tipo, y el segundo golpe hizo más daño que el primero. Durante años, los países del área soviética habían podido comprar petróleo a la URSS a precios por debajo de los del mercado mundial y revenderlo. Esto era posible porque dentro del COMECON los precios de las transacciones entre los aliados se fijaban con una media móvil de los cinco años anteriores, para eliminar así las fluctuaciones transitorias. Mientras que el petróleo se encareció en el primer *shock*, ello significó petróleo barato para los países del Este y la posibilidad de unos ingresos extras obtenidos por la reventa en los mercados mundiales. Además, el grifo del crédito occidental se había abierto con generosidad, y todos recurrieron a él. Con el segundo *shock*, se superpusieron los encarecimientos derivados del método de cálculo aplicado y los nuevos incrementos del mercado. La situación se hizo insostenible después de 1981. Muchos tuvieron que endeudarse en Occidente para hacer frente a sus importaciones indispensables. Los créditos contraídos con anterioridad ya generaban una masa de intereses muy pesada que ahora se agravaba con la subida del dólar. Después de 1981, todo fue de mal en peor. Mientras que los países occidentales recuperaban, lenta pero sólidamente, su ritmo de crecimiento, los orientales no conseguían estabilizar sus economías en un nivel expansivo. A partir de 1985 el contraste fue muy agudo. Incluso la URSS, que aguantó mucho mejor la comparación con Occidente durante los primeros años de la década, no logró sostener el pulso después de 1986. Los gastos militares provocados por la guerra en Afganistán combinados con el desafío militar estadounidense multiplicaron los gastos de defensa. Las reformas emprendidas por Gorbachov no dieron el resultado económico apetecido y el sistema fue perdiendo capacidad de maniobra. Tras las revoluciones democráticas del otoño de 1989 en la Europa oriental, la Unión Soviética también se planteó, aunque con menos energía, acelerar la transición a la democracia y al capitalismo. El proceso precipitó bruscamente el mes de agosto de 1991 a, raíz de un intento de golpe de Estado que tenía por objetivo acabar con Gorbachov y volver a la ortodoxia comunista. El golpe fracasó, aunque sí logró derribar a Gorbachov. Lo sustituyó el líder de la resistencia al golpe, Yeltsin, quien aceleró los cambios. Estos consistieron, fundamentalmente, en la solemne disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y su sustitución por una Confederación de Estados Independientes, y en la convocatoria de elecciones democráticas.

Tasas de crecimiento del PIB de la URSS y de la Europa Oriental, 1975-1998 (en porcentaje)

	URSS	Europa Oriental		URSS	Europa Oriental
1975	2,8	3,6	1987	1,3	-0,6
1976	4,7	2,6	1988	2,1	0,9
1977	2,4	3,5	1989	1,5	-1,3
1978	2,5	3,2	1990	-2,4	-7,7
1979	-0,5	1,5	1991	-6,3	-10,9

1980	0,1	0,5	1992	-15,6	-5,3
1981	0,9	-1,2	1993	-9,9	-1,6
1982	2,5	0,9	1994	-13,9	3,9
1983	3,2	1,5	1995	-5,4	5,7
1984	1,3	3,1	1996	-2,8	3,8
1985	0,9	0,1	1997	1,7	2,9
1986	4,1	2,8	1998	-2,0	2,3

Fuente: CARRERAS (2003)

Una vez derrumbados los regímenes dictatoriales del Este europeo, la transición de un sistema socialista, planificado y cerrado al exterior, a otro capitalista, de mercado y abierto, fue enormemente traumática. En términos de PIB significó cuatro años de contracción, de 1990 a 1993. Los dos primeros supusieron caídas de dimensión equivalente a las que se habían producido como consecuencia de las guerras mundiales y de las desorganizaciones subsiguientes a las derrotas: un hundimiento del 18 por 100 en dos años. En 1992 y 1993 la caída se fue frenando, y en 1994 se volvió a tasas positivas. ¿Qué sucedió en esos años? Una verdadera revolución económica. Las economías se abrieron al comercio exterior de bienes y servicios y a los movimientos de personas y capitales. Este cambio, que puede significar décadas para muchos países, se produjo casi instantáneamente, como un *big bang*. La planificación dejó de funcionar y aparecieron los mercados, aunque sin control alguno, sin instituciones arbitrales, sin derecho que amparara los contratos. Este segundo *shock* fue algo -no mucho- más lento. El tercer gran cambio fue la privatización de las propiedades en manos públicas. Por la enorme trascendencia sobre las cuentas públicas y sobre las fortunas privadas, éste fue el paso al capitalismo más discutido públicamente y que más definió las posiciones de los emergentes partidos políticos. De los tres grandes cambios, fue el que tomó más tiempo, pero aún así, debe reconocerse que se realizó a una velocidad sorprendente si tenemos en cuenta el calado económico, social e histórico que representaba. En líneas generales, los países que decidieron acelerar los cambios han logrado abreviar el sufrimiento de la etapa de transición y entrar en una nueva era de crecimiento. Los que vacilaron en el proceso de transición han quedado empantanados entre dos sistemas y han sufrido recaídas muy dolorosas.

Fácilmente, la transición de más éxito –quizá la única de verdadero éxito– ha sido la polaca, que ha logrado minimizar las pérdidas del período de cambio de sistema, ha logrado volver a crecer con ímpetu bajo el nuevo sistema y ha superado los niveles del PIB de 1988, que era el máximo bajo el régimen socialista.

Tasas de variación del PIB de la Europa Oriental, 1988-1998 (en porcentaje)

	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1989/98
Polonia	-1,6	-9,7	-7,0	2,6	3,8	5,2	7,0	6,0	6,8	5,0	117,8
Chequia	0,8	-2,8	-11,6	-0,5	0,1	2,2	5,9	3,8	0,3	-2,3	96,8
Eslovaquia			-14,6	-6,5	-3,6	4,8	7,0	6,5	6,6	4,4	
Hungría	-2,2	-6,7	-11,9	-3,1	-0,6	2,9	1,5	1,3	4,5	4,9	90,0
Rumania	-3,2	-10,9	-12,9	-8,8	1,6	3,9	7,1	4,0	-6,9	-7,3	69,6
Ex Yugoslavia	-1,3	-7,3	-13,3	-19,0	-16,7	3,9	5,3	4,9	6,2	2,9	67,1
Bulgaria	-1,8	-10,9	-8,4	-7,3	-1,4	1,8	2,8	-10,2	-7,0	3,6	66,4

Fuente: CARRERAS (2003)

Hungría transitó entre los dos sistemas a medio camino entre Chequia y Eslovaquia, pero no logró que su crecimiento despegara verdaderamente. Tanto Hungría como los otros países constituyen la parte exitosa de la transición al capitalismo y al mercado, y por ello son candidatos a incorporarse a la próxima ampliación de la Unión Europea. Los otros tres son transiciones fracasadas.

El caso más extremo (por no mencionar la pequeña Albania) ha sido el de la ex Yugoslavia. Su fragmentación, a diferencia de la checoslovaca, ha sido inmensamente traumática, y ha dado lugar a guerras largas, devastadoras y muy crueles que han ocupado toda la década y siguen ocupando lo que va de la siguiente.

La URSS ha sufrido la más traumática de las transiciones. Comenzó, a la vez, antes y después. El gobierno de Gorbachov introdujo, a partir de 1985, reformas en el clima de libertad, en la información (la *Glasnost*), en la vida política, pero apenas en la economía. De hecho, Gorbachov no tocó el sistema de planificación. Sólo tras el fallido golpe de estado de agosto de 1991, y la subsiguiente liquidación de la URSS, comenzó una transición económica que se ha realizado en medio de un clima de confusión, sin dirección, ni orden ni concierto. El comercio exterior se liberalizó instantáneamente, mientras que la

mayoría de los mercados internos seguían controlados por la oficina de planificación, dando lugar al hundimiento de la capacidad recaudatoria del Estado, y a la disolución de todos los mecanismos de monopolio de la violencia característicos de un Estado. De 1990 a 1998 se puede hablar de un desastre económico, peor al de cualquiera de los demás países del bloque soviético. Del hundimiento sólo se puede matizar la intensidad. Las repúblicas del Uzbekistán, Estonia y Bielorusia han logrado recuperar el pulso económico y realizar algo parecido a una transición hacia un nuevo sistema económico. Han tenido más éxito que los países balcánicos; el resto está peor.

La RDA es un caso singular. La más próspera de las economías del Este europeo ha gozado de la fortuna de ser absorbida por la RFA mediante el proceso de unificación política y económica –una verdadera fusión de Estados– que se puso en marcha inmediatamente después de la caída del muro de Berlín, y que fue sancionado legalmente un año después (octubre de 1990). Para la RFA encajar la impacto de la incorporación de la RDA en sus fronteras y en sus presupuestos fue un desafío de grandes proporciones. La RDA representaba una cuarta parte de la población de la RFA (16 millones de habitantes) a la que se había de proporcionar derechos económicos, infraestructuras y oportunidades equivalentes a los vigentes en la RFA. Todo ello exigió una inversión cuantiosa que la nueva Alemania unificada realizó endeudándose. El canciller Kohl aprovechó la centralidad del marco y de la economía alemana en Europa, y le bastó que el *Bundesbank* subiera los tipos de interés para atraer fondos de todo el mundo, y muy especialmente de toda Europa. El problema de la financiación de la reconstrucción de la ex RDA quedó centrifugado a todo el territorio de la Unión Europea.

Gorvachov accedió a la secretaria general del PCUS en marzo de 1985, en esta época la URSS era una superpotencia en el plano militar pero se encontraba amenazada por graves debilidades estructurales y llevaba camino de ser una superpotencia militar pero situada con niveles tercermundistas en cuanto a la situación económica y a la calidad de la vida de la población.

Hay tres indicadores que muestran esta situación:

- A. Estancamiento. En primer lugar mientras que la agricultura China al iniciarse la liberalización tras la revolución cultural, creció de forma continua el nivel de la cosecha, en la URSS el descenso parecía irremediable. En 1975 China y la URSS produjeron 225 millones de toneladas de trigo cada una. En pocos años mientras China subía a los 300 Millones, la cosecha soviética se contraía hasta los 150, la Rusia históricamente exportadora de grano tuvo que convertirse en importadora. Más acusado todavía era el estancamiento de la industria, para frenar el descenso de la producción se recurrió al empleo masivo de mano de obra, en términos mano de obra-producción descendieron de forma alarmante los niveles de eficacia y se despilfarraron recursos. Si se compara con Occidente, el derroche de energía era evidente. Para producir en 1980, 1000 dólares de producto bruto en Rusia se necesitaban 1.490 kg. de carbón frente a los 820 de Gran Bretaña o los 565 de Alemania.
- B. Atraso Tecnológico: a pesar de sus éxitos en la carrera espacial, la URSS había terminado quedándose rezagada en sectores de alta tecnología, como la robótica, ordenadores, láser, telecomunicaciones, fibra óptica, etc. Y la inferioridad técnica soviética, el atraso derivaba en gran medida de su aislamiento de la comunidad científica internacional. En una sociedad donde se controlaban las fotocopias o se ponían trabas a la libre salida de los científicos para participar en congresos internacionales, y donde no existían ordenadores, termina empobreciéndose tecnológicamente.
- C. Deterioro de la calidad de vida, que se puede observar de forma clara en los índices demográficos que constituyen un indicador inequívoco del descenso en la calidad de vida de un pueblo. Entre 1960 y 1985 la mortalidad en la URSS subió desde 7,1% al 10,8%, desde finales de la segunda guerra mundial este índice había mejorado lentamente, pero a partir del año 1960 se produjo un reflujo indicador de que los bienes sociales no se destinaban al bienestar de la población sino que se orientaban hacia el rearme. La esperanza de vida descendió de los 70 a los 67,7 años. La mortalidad infantil se encuentra en la tasa del 25% de los nacidos frente al 6 ó 7 % de los países desarrollados, según los datos mundiales de 1989 la URSS se situaba en el puesto 51 de renta por capita. Y si en consumo alimentario aparecía entre los 15 primeros países antes de la crisis actual, en otro conjunto de bienes básicos como la vivienda, mortalidad infantil y bienes duraderos descendía al puesto 60.

La globalización

Podemos definir de muchas maneras la globalización, pero siempre deberemos mencionar que se refiere a la integración mundial de los mercados. Un fenómeno que es muy viejo, pues ha habido muchas «globalizaciones» en la historia de la humanidad. Se han integrado mucho más los mercados financieros que los mercados de mercancías, y éstos más que los mercados de trabajo. De ahí vienen muchas de las inquietudes actuales. Las poblaciones sufren grandes trabas para emigrar, las mercancías sufren trabas significativas, pero los flujos de capitales no.

Los factores de la integración de los mercados financieros han sido políticos, económicos y tecnológicos. Tecnológicos pues han usado a fondo las nuevas tecnologías de la información. La interconexión

de las bolsas mundiales en 1987 fue posible por la difusión de la informática personalizada mediante el PC y por la mejora de las telecomunicaciones que facilitaba la transmisión de datos a distancia.

La integración de los mercados de bienes avanza con mucha más lentitud. Las negociaciones comerciales internacionales son especialmente complejas y sensibles, sobre todo políticamente. Internet ha permitido que el comercio internacional de servicios –tradicionalmente muy poco importante– se convirtiera en un área muy dinámica de crecimiento.

A diferencia de lo que sucedía durante la edad dorada, el cuarto de siglo posterior a la crisis del petróleo no ha presenciado ningún movimiento significativo de convergencia dentro de Europa ni de los países europeos respecto a los más avanzados, representados por Estados Unidos.

Tasas de crecimiento del PIB per cápita, 1973-1998 (en porcentaje)

Irlanda	3,97	Dinamarca	1,86	Checoslovaquia	0,67
Noruega	3,02	Reino Unido	1,79	Suiza	0,64
Portugal	2,29	Holanda	1,76	Hungría	0,59
Austria	2,10	Francia	1,61	Albania	0,26
Italia	2,07	Alemania	1,60	Ex Yugoslavia	-0,11
Finlandia	2,03	Grecia	1,56	Bulgaria	-0,57
España	1,97	Suecia	1,31	Rumania	-0,74
Bélgica	1,89	Polonia	0,94	Ex URSS	-1,75
Estado Unidos: 1,99			Mundo: 1,33		

Fuente: CARRERAS (2003)

Pocos países europeos –sólo una minoría de países de pequeño tamaño–, superaron significativamente el crecimiento económico estadounidense: Irlanda lo superó por casi 2 puntos y Noruega por algo más de 1. En ambos casos son excepciones interesantes pero estadísticamente irrelevantes: sólo afectan al 1 por 100 de la población europea. Es un fracaso europeo. Dentro de Europa, el crecimiento no se produjo inversamente relacionado con el nivel de renta inicial. Por dos factores: por una parte, y principalmente, porque los países de la antigua área soviética, que eran normalmente más pobres que los occidentales, han crecido mucho menos que éstos. He aquí la primera gran divergencia; el segundo, menos visible, es que los países occidentales no parecen haberse comportado según ninguna lógica relacionable con su bienestar previo. Elementos exógenos al modelo simple de convergencia –como pueden ser las políticas seguidas– deben haber sido más importantes. Una mirada más atenta permite incluso maravillarse porque los dos países que se han negado obstinadamente a formar parte de la Unión Europea –Noruega y Suiza– destaquen en direcciones opuestas. Noruega ha tenido el mejor crecimiento tras el irlandés (el petróleo del mar del Norte le ha ayudado mucho), mientras que Suiza ha tenido el peor (aunque sus empresas tengan mucho éxito). En ambos casos la distancia al siguiente país occidental es amplia. Si excluimos Irlanda, Noruega y Suiza, lo que nos queda es un club de países con tasas de crecimiento muy parecidas, entre el 1,3 y el 2,3 por 100. Los cinco países más poblados oscilan en un rango aún menor, inferior al medio punto porcentual: entre 2,07 (Italia) y 1,60 (Alemania).

Pocos hechos son más representativos de lo que la integración europea está representando: un fuerte parecido, que no convergencia, en sus ritmos de crecimiento, y una pérdida de fuelle respecto al mundo más avanzado. El conjunto del mundo ha crecido por debajo de Estados Unidos –ha habido divergencia–, por debajo de la Europa occidental y por encima de la oriental. Un triste consuelo, a la vez que una grave preocupación: no habría nada más confortante que presenciar el éxito de los países pobres en la recuperación de su atraso.